

Realities versus cultura

Desde la aparición de Nakasone en la televisión, nada resulta más productivo que pasar horas interminables con los famosos realities, llenando de "cultura", "moral", "aprendizaje sexual", "principios éticos" y "reglas de vida" a quienes optan por verlas. Se entiende que haya público para todo y para este tipo de segmento también y es voluminoso. Si no lo fuera no se justificaría la enorme inversión en locaciones, sueldos, equipos y todo lo que ello involucra. Es un negocio sin contrapeso ni contenido, pero entretiene. Lo mismo pasa con las novelas. Antes eran mexicanas, luego brasileras y hoy turcas, para no tener que agregar las "comedias" en que se han transformado las telenovelas chilenas.

Los programas aludidos son monotemáticos, sin mayor contenido y donde los protagonistas generan argucias, frases rimbombantes, agresividad ficticia, "chuchoqueo" y "conventillo", mientras lucen sus estilizados cuerpos y pronuncian acentos de las distintas provincias argentinas. Sí, resulta un buen ejercicio traer a nuestros vecinos para cubrir pantalla cuando no hay compatriotas entretenidos o que atraigan rating. Salvo Huaiquipán y el Coca Mendoza por supuesto, elevados a representantes de nuestra cultura.

El premio, estar en un panel de entretenimiento mañanero y donde más que aportar el ganador pasa a lucir la bajeza de su condición (mediocridad sería mucho decir). Hace unos días el actor Claudio Arredondo fue duro, drástico y hasta cruel con el chico reality que Mega decidió adoptar y darle cabida en las mañanas y en una pobre copia del Papá a la Deriva.

Los chilenos nos merecemos mucho más que eso. La gente no puede seguir siendo títeres de las empresas patrocinadoras de programas que nada enriquecedor promueven y muestran un Chile que no es, con niños manipuladores, actores que rayan en lo ridículo, obligados a desentonar para alargar las teleseries. ¿Recuerdan la última Martín Rivas? 125 capítulos. Sepultó a la original que, con Alejandro Cohen y Sonia Viveros, en tan sólo 6, sí daban ganas de ver.

Las personas que están pegados en Ámbar o en Las Preciosas, no tienen otra que seguir atados al gusto del guionista, que escribe en la medida que avanza y mientras ello ocurre, se burla de la Armada, de Carabineros, de los fiscales y de la "BDI", haciendo parecer grotescos y torpes a los que usan sus uniformes. Y no falta el que llega somnoliento a comentar el episodio de la noche anterior a la oficina. Así como en el Señor de la Querencia, la única manera de terminarla, será matando a todos los personajes.